

que se las concedieron; y el edicto que las contenia fué registrado en el parlamento el 11 de Agosto de 1570. Estas plazas debian ser restituidas al cabo de dos años; mas durante este intervalo se pasó en sucesos aun mas funestos que aquellos de que habian sido testigos, desde que el fuego de la sedicion y del fanatismo habian encendido el de la guerra civil.

Como esta paz se habia concedido por pura necesidad, ocultaba designios de que los reformados tuvieron algunos presentimientos. En efecto, Catalina de Medicis y su hijo habian resuelto la pérdida entera de los protestantes. Para atraer á la corte las cabezas del partido, y borrarles toda desconfianza, se propuso el casamiento de la princesa Margarita, hermana del rey, con el príncipe de Bearne, que fué despues el inmortal Henrique IV. Este príncipe, que solo tenia diez y siete años, ya prometia las acciones grandes, que le han merecido los elogios y la admiracion de todos los siglos. Sin embargo, Carlos IX. y su madre preparaban con el mas profundo secreto la execucion del horrible proyecto que ambos habian concebido. Con mucha pena hablaremos de este suceso, que no era necesario conservarlo en lo venidero sino para inspirar á los hombres el horror del fanatismo y de las querellas de religion que encienden estos furios. En la noche del 24 de Agosto de 1572 fueron degollados todos los protestantes que se hallaban en París, la mayor parte en sus casas, y algunos en las calles en donde procuraban salvarse. Mas de cinco mil perecieron en esta noche de matanza, siendo el almirante de Coligni del número de las víctimas, con quinientos á seiscientos caballeros. *Accion exécrable*, dixo el arzobispo Perfixé, historiador de Henrique IV., *que no ha tenido jamas, y que no tendrá, si Dios quiere, nunca semejante*. Las órdenes sanguinarias que se executaron en París fueron llevadas á todas las provincias, y en todas partes fueron casi executadas con una barbarie, digna de los tiempos mas afrentosos y de los pueblos mas bárbaros. Sin embargo, no faltaron gobernadores bastante humanos y bastantes generosos para negarse á obedecerlas. Uno de estos tuvo valor para escribir á la corte, devolviendo la orden, que él era soldado y no verdugo. Asimismo hubo obispos que por un zelo verdaderamente

pastoral sirvieron de defensores á los protestantes, entre otros Juan Hennuyer, obispo de Lisieux, que les retiró en su palacio, diciendo que eran sus hijos como los demas; y que si tenian la desgracia de permanecer en la heregia, era necesario instruirlos, pero no degollarlos.

Pero no todas las ciudades del reyno tuvieron obispos tan caritativos, y comandantes tan llenos de humanidad; y así fueron inundadas de sangre la mayor parte, igualmente que la capital. "Veinte á treinta mil hombres," dice Bossuet (*compendio de la historia de Francia l. 17.*) "fueron degollados en diversos lugares, y se veia llevar á los rios con los cadáveres el horror y la infeccion á todos los países que bañaban. Las noticias de la matanza, añade este grande escritor, llevadas á los países extraños, causaron horror en todas partes. El ódio y la heregia las hicieron recibir en Roma con agrado; del mismo modo se complacieron en España, porque cesó la aprehension que se tenia de la guerra con la Francia." La consternacion y el espanto sucedieron en el reyno al ciego frenesí que habia hecho por algun tiempo callar á la naturaleza y á la humanidad. Mas aquellos que habian aconsejado esta detestable accion, se fortalecian contra el horror público y sus propios remordimientos, con la esperanza de recoger los frutos despues de la muerte de los generales, de un número tan crecido de caballeros, y de una multitud de otros. Creian aniquilado para siempre el partido de los protestantes; pero se engañaron, porque este era aun mas temible que imaginaban. Habia hecho tantos progresos la heregia en el reyno desde que fué introducida en él; que tenia aun un grande número de sectarios, aunque hubiesen perecido millares. Estos, desesperados, y viendo que la corte habia conjurado su pérdida por medios tan bárbaros, se unieron entre sí mas estrechamente que nunca, y resolvieron defenderse hasta la última extremidad. Encontraron cabezas nuevas, se juntaron de todas partes, y formaron cuerpos numerosos de tropas; y en todos los parages en que se encontraron mas fuertes, usaron cruelmente de su superioridad contra los católicos. Las muertes, los incendios, las profanidades y los efectos mas horribles del furor y de la venganza eran cada dia renovados en las ciudades y campañas, en donde solo se oia

hablar de crímenes y atrocidades. Parecía, que la memoria de sus hermanos, muertos en el seno de la paz, y el miedo de probar igual suerte, habían mudado á todos los protestantes de Francia en otras tantas bestias feroces. Levantó el rey tres exércitos para deshacerlos, mas por todas partes les hicieron frente, y despues de dos años de guerra murió Cárlos IV. en 1574 sin haber podido sujetarles.

Parecía que la Francia había llegado al cúmulo de desgracias; mas estaba aun reservada para calamidades mas horrorosas. Despues de tres meses Henrique III. rey de Polonia, por la eleccion de una nacion valerosa y libre, huyó de la vigilancia de sus nuevos vasallos, para venir á ocupar el trono vacante por la muerte de su hermano. Este príncipe, siendo duque de Anjou, había demostrado calidades estimables y dignas de su nacimiento agosto, talento para la guerra, pensamientos elevados y mucho amor por la gloria; mas todo esto se desvaneció despues que fué rey, pues parece que solo subió á la primera dignidad para envilecerse. Fué toda su vida una mezcla inapeable de disoluciones inquietas y de ridículas devociones: á un mismo tiempo pródigo y duro, no tenía jamas dinero bastante para sus favoritos; y si se aplicaba algunos momentos al trabajo, era para discurrir nuevos medios para oprimir al pueblo con impuestos, cuya carga había ya llegado al exceso; con lo que no tardó en hacerse odioso y despreciable, favoreciendo y persiguiendo á un mismo tiempo á los reformados, que tenían á su frente á Henrique, rey de Navarra; de modo, que ambos partidos le miraban como igualmente contrario á sus intereses. Se desacreditaban sus costumbres, se afeaban sus procedimientos, y se le atribuían intenciones que era incapaz de tener. Le pintaban como un enemigo oculto de la religion christiana, y se persuadía al pueblo que no tenía otro objeto, que el de hacer á todo el reyno protestante. Semejantes insinuaciones que acreditaba el falso zelo por todas suertes de medios, originaron la idea de aquella liga detestable que metió al reyno en un nuevo abismo de males, y se vieron en París escenas igualmente extravagantes y atroces. El espíritu de la rabia y de demencia parecia haber llegado á ser el espíritu general de la nacion, ganando este frenesí los

cuerpos mas respetables; y se vió con vergüenza de la religion subir el fanatismo en los púlpitos, predicar la rebellion, y dar lecciones de crueldad por la boca de aquellos, que solo debían pronunciar palabras de bendicion y de paz.

No entraremos en todos estos por menores, que pertenecen á la historia particular de estos tiempos deplorables. No era la religion sino un pretexto de todo lo que pasaba entónces, cuya observacion no se debe perder de vista. Hacían obrar á la ambicion y á la política para los sucesos de sus designios ocultos, y este muelle tan poderoso sobre el espíritu de los pueblos, y los que mas se movían, creyendo trabajar para la conservacion del antiguo culto, eran, sin conocerlo, los agentes de los enemigos de la autoridad real. La debilidad en que esta había caído, por la mala conducta de Enrique III., fué la causa de que este príncipe creyese dar un golpe de estado declarándose cabeza de la liga. Mas esta conducta no le dió un poder, que se había transferido enteramente en las manos del duque de Guisa. Llegaron á tal punto las cosas, que se vió obligado el rey de contribuir á aumentar el crédito y el poder de este temible competidor, permitiendo que fuese declarado teniente general del reyno, lo que le hacia dueño de todas las fuerzas del estado. Pero Enrique no le elevó aparentemente, sino para abatirle con mas seguridad; pues la audacia de este príncipe extranjero había llegado á su cúmulo. Los de la liga, dueños de París, le eran adictos; porque aprobaba todos sus excesos, como que estos eran otros tantos medios que le conducían al término de su ambicion. Tenía sus agentes afuera, y negociaban á su nombre con Roma y con España, como si hubiese sido soberano. No podía Enrique III. hacer obrar las leyes, que estaban sin vigor, ni servirse de una autoridad, que ya no tenía, para castigar á este vasallo rebelde. Resolvió, pues, de hacerle perecer por un camino ejecutivo; fué muerto el duque al tiempo de entrar en palacio, y tres dias despues el cardenal su hermano tuvo la misma suerte. Se ha pretendido, y no sin algun fundamento, que el rey, inmolando á su seguridad estas dos grandes victimas, no consiguió sino prevenirlos.

Pero Enrique no supo recoger el fruto de una accion que no podia ser útil sino reintegrándose de la autoridad

que el duque le **había** usurpado. Se enfurecieron los de la liga, y se puso **á** su frente el duque de Mayena, tomando el título de teniente general del reyno, como si hubiese sucedido en el poder de su hermano por un derecho legítimo. Esclavizada la Sorbona, autorizaba estos atentados con decretos de que no tardó en avergonzarse. Conoció en fin Enrique III. la necesidad en que se hallaba, según el estado presente de sus negocios, de unirse con el rey de Navarra; y este era en efecto el único y sólido apoyo que podía encontrar contra la liga y sus demás enemigos. Por otra parte era su heredero presuntivo este príncipe bravo y generoso, y de consiguiente su causa era comun. Mas el rey de Navarra, nacido en el seno de los protestantes, era la cabeza de los reformados, con el qual uniéndose Enrique III. acababa de hacerse odioso á los de la liga y á todos sus partidarios, que se tenían por los defensores de la religion católica. En fin, el fanatismo, que al parecer no podía crecer mas, desplegó una rabia. Armó á un monstruo, que baxo la apariencia de simplicidad, metió un puñal en el pecho del rey, que se le habían pintado como el enemigo de Dios y de la Iglesia; paricida execrable, y quizá el crimen solo que faltaba que cometer, despues de todos aquellos de que habían sido testigos estos funestos tiempos.

No habiendo dexado hijos Enrique III., el derecho del rey de Navarra á la corona era incontestable; y así fué reconocido rey por la mayor parte de los señores que se hallaban cerca de su persona. Para borrar en los católicos bien intencionados el motivo que les embarazaba de someterse á él, y á los de la liga el pretexto de sus declaraciones sediciosas, juró de no tolerar en todo su reyno el ejercicio público de ninguna otra religion que no fuese la católica romana, y prometió hacerse instruir en ella, no deseando nada con mas ardor que el conocer la verdad, cuya precaucion satisfizo á todos los que no sofocaba la razon, la equidad y la fuerza de las preocupaciones; sin embargo, no apaciguó los furoros de la liga. Una multitud de gentes á sueldo de España atizaban el fuego de la sedicion. Se trataba al rey de herege, ralapso, y aun se le daban nombres mas ultrajantes, de suerte que este héroe, tan digno de ser elevado al trono por consentimiento unánime de la nacion, y como si no hubiese sido llamado por

su nacimiento, se vió obligado á conquistar su propio reyno; y aunque conocia la necesidad de abjurar el protestantismo, no percibia ménos la de mirar por los protestantes. Además que tenia necesidad de estos, y que sabia su inclinacion inviolable hácia su persona, educado y criado con ellos, les amaba, y quisiera concederles quanto pudiese, sin oponerse á sus intereses, y sin faltar á las reglas de una política sagaz; y así les confirmó en el goce de todos los privilegios que habían obtenido en el último reynado.

Las batallas de Arques y Livri, ganadas por el rey al duque de Mayenna, que mandaba á los sediciosos, traxeron una grande mudanza á los negocios de la liga. Mas Enrique IV. le dió el último golpe por su abjuracion; la que hizo solemnemente en la iglesia de san Dionisio el veinte y cinco de Julio de 1593 en las manos de Renato de Baune, arzobispo de Burges. El veinte y cinco de Marzo del año siguiente le abrió París sus puertas, y poco á poco se rindieron á su obligacion las demás ciudades; y la Sorbona borró la vergüenza de que se había cubierto entregándose á la seducción. Formó un decreto, en el qual estableció la precision de someterse á Enrique IV., cuyo derecho á la corona estaba fundado en leyes divinas y humanas. Se reconcilió este príncipe enteramente con la santa Sede en 1595 por la absolucion con que le dió el papa Clemente VIII. Este grande asunto, manejado por dos hombres á quienes había elevado su mérito de un nacimiento baxo y obscuro á las primeras dignidades de la Iglesia, los cardenales Ossat y de Peron obispo de Evreux, había sido mucho tiempo trastornado por las maquinaciones de la corte de España. El rey, despues de haber sujetado la Bretaña, se volvió á Nantes para acabar de pacificar esta provincia, y aquí fué en donde expidió en 1598 el famoso edicto en favor de los protestantes, conocido con el nombre de esta ciudad. Les concedió el ejercicio libre de su religion en todos los parages en donde se hallase establecida; y añadiendo otros edictos de pacificacion, dió á los de la religion pretendida reformada la facultad de obtener como los demás vasallos del rey los empleos de judicatura y hacienda, cuyo edicto fixó á fines de este siglo el último estado del protestantismo en Francia. Por otra parte veremos el uso que hicieron los re-

formados de sus privilegios, y de la tolerancia que les estaba concedida. Se creyeron obligados los sucesores de Enrique IV. de poner en lo sucesivo diversas modificaciones al edicto de Nantes, fuese para reprimir los abusos que se apoyaban sobre las disposiciones de esta ley, fuese para contener á los calvinistas en los justos límites en que no supieron siempre encerrarse. En fin, Luis XIV. la revocó en todos sus puntos por la célebre declaración de 1685, no queriendo sufrir en el reyno mas religion que la católica, que habia sido siempre la religion del príncipe y de la nacion despues de la conversion de Clodoveo y de los franceses en el siglo V.

ARTICULO X.

Origen y progresos del socinianismo.

Aunque los teólogos que fueron los autores ó los defensores de la pretendida reforma, mostrasen un zelo igual al de los católicos por la antigua doctrina de la Iglesia, tocante á los dogmas de la Trinidad y de la divinidad de Jesu-christo, sin embargo debe ser mirada la reforma como el manantial de donde salen todas las sectas que atacaron estos dogmas fundamentales del christianismo. Despues de haberse recibido entre los reformadores y sus discípulos como un principio cierto, que los juicios de la Iglesia, las decisiones de los concilios, y el testimonio de los padres deben ser contados por nada tocante á las discusiones que pertenecen á la fe, que la sagrada escritura es la única regla que se debe consultar, la sola autoridad á que se debe someterse, y de la que cada particular es el intérprete legítimo, no habia mas que un paso que dar para erigir al espíritu humano por juez de la fe, y para someter todos los dogmas y la escritura misma al examen de la razon, es decir, para trastornar todas las cosas en el christianismo, y hacer brillar baxo este nombre tantas religiones, como hubiese de hombres capaces de imaginar sistemas nuevos. En vano se dirá que todas las sectas christianas, por mas opuestas que sean entre sí, tienen un centro comun que las reúne desde el punto que conservan los artículos fundamentales; porque esto seria en primer

lugar abrir la puerta á todos los errores, con tal que respetasen lo que se habria convenido de llamar artículos fundamentales; en segundo lugar estos mismos artículos fundamentales no son ménos inciertos que todo lo demas en los principios de la reforma, puesto que dependen de la manera con que cada particular interpreta la escritura, aprovechándose del derecho que tiene de no gobernarse sino por las luces de su entendimiento, y por el juicio de su razon. Despues de los exemplos de Carlostad, de Muncero, de los anabaptistas, de Zuinglo, de los sacramentarios, de Calvino y de otros millares, que en sus opiniones, las mas insostenibles, se apoyaron siempre en los mismos principios, el socinianismo y la secta de los nuevos arrianos no tardaron en dar una prueba nueva de sus errores, en los cuales era necesario que la razon humana se precipitase, siguiendo las huellas de Lutero y de los primeros doctores de la pretendida reforma.

Las disputas de religion, que turbaban á la Alemania, resonaron en toda la Europa, y llamaron la atencion de todos los que deseaban ocuparse en filosóficas especulaciones. Habia entre las naciones diferentes, en que habia penetrado el gusto de las letras y del estudio, un número grande de estos espíritus serios y aplicados que se complacian en discutir las opiniones de religion, en comparar los cultos, y que tomando la razon por guia, formaban sistemas teológicos, eligiendo entre las doctrinas recibidas las ideas que les parecian conformes á las luces de la razon, y desechando las otras. Es difícil que hombres llenos de estos pensamientos graves y profundos no procuren comunicarlos, sea para afirmarse en ellos, sea para hacerlos gustar á otros, y de este modo lograr partidarios. Quarenta personas de las mas distinguidas por su nacimiento y por sus empleos, formaron en Vicencia, ciudad de Italia en el estado de Venecia, una especie de sociedad literaria en 1549, para conferir entre sí sobre la religion, y analizar las doctrinas de diferentes comuniones que encerraba en su seno el christianismo. Considerando la diversidad prodigiosa de opiniones en materia de religion, los abusos, las supersticiones que reynaban en todas partes, las prácticas ridículas, y las máximas peligrosas que deshonraban la razon, concluyeron los miembros de esta sociedad que se habian alterado todas las ins-